

# ARTHUR

El ambiente estaba muy cargado y el humo le nublaba la vista.

A juzgar por el bullicio que inundaba el local, medio Ashwood debía de haberse congregado aquella noche en el *Noisy Trumpet* para gozar del espectáculo y protegerse del frío. En aquel pequeño pueblo perdido en las Tierras Altas no había mucho que elegir si lo que se buscaba era un sitio alegre donde pasar la velada junto a una jarra de cerveza o un vaso de whiskey. Y siendo un viernes por la noche, la gente tenía ganas de divertirse.

«Eso es Ashwood, un pueblo de chismorreos y borrachos», murmuró Arthur para sus adentros de mala gana.

Desde el momento en el que había entrado la gente había empezado a observarlo, y no precisamente con buenos ojos. Con el semblante muy serio le dirigían miradas hostiles que le indicaban que se fuera, que no era bienvenido. Al fin y al cabo era un forastero y los forasteros no eran de mucho agrado cuando se estaba tan al norte, especialmente si, como él, eran agentes de la ley. En aquel barucho de poca monta Arthur era una nota discordante y no tenía donde camuflarse, pues todo el mundo se conocía desde hacía décadas. El detective pensó que ni el haber nacido en Inverness le servía ya como pretexto para sentirse parte de la región, pues los únicos vestigios que señalaban su procedencia eran su espeso bigote y su pelo color zanahoria, aunque cada vez era más blanco. Todo el resto se había diluido durante sus muchos años de servicio en Londres. Hasta había perdido su acento norteño que, por lo que le solían recordar sus compañeros de instituto más a menudo de lo que querría, era tan fuerte que podía partir las montañas en dos, si se descuidaba.

—Si quiere algo, pídale y tome asiento. Si no quiere nada, váyase. Lo que no puede hacer es quedarse quieto aquí en medio como un

panoli —vociferó una camarera rechoncha mientras servía dos gin-tonics en una mesa cercana.

«Ya había olvidado que la cortesía es otro de los platos fuertes del local...», pensó.

—Tomaré un zumo de naranja natural.

—Sí, claro. Y de postres leche merengada en un biberón. Si busca la guardería, abuelo, se ha equivocado de lugar. ¡Esto es el *Noisy Trumpet!* —exclamó ella, como si quisiera impresionarlo sólo con pronunciar aquellas palabras—. ¿Qué es lo que quiere?

—Me ha oído perfectamente —contestó él, tajante. Y le dio la espalda.

Arthur se dirigió hacia una pequeña mesa de madera que se tambaleaba sobre tres piernas, al tener la cuarta de distinto tamaño. Dudaba que los propietarios tuvieran pensado arreglarla o sustituirla, pues allí la gente sólo se preocupaba por tener una jarra de cerveza entre las manos. Arthur estuvo a punto de dejar su sombrero marrón encima, pero se lo pensó dos veces al descubrir que no habían limpiado la superficie, que aún conservaba una viscosa mancha de cerveza. Así, colocó el sombrero sobre su regazo y se pasó la mano por el pelo en un inútil intento de hacer desaparecer la forma de seta que se le quedaba cuando lo llevaba puesto durante mucho rato. Cogió una servilleta de papel y empezó a desmenuzarla. Aquel lugar le ponía de los nervios.

Hacía sólo dos semanas que Arthur había vuelto a Escocia, pero ya era la segunda vez que acudía al *Noisy Trumpet*. La primera había sido hacía apenas un par de días, aunque ni por asomo se había encontrado con tanta gente como aquella noche. Veía a varios camioneros barrigudos con camisetas que aún tenían restos de betún y algún pescador con la piel morena de tanto esperar en las orillas del lago Ashie. También entrevió a la mujer que le había vendido el periódico esa misma mañana y un sacerdote, que reconoció por su característico atuendo de color negro rematado por un alzacuello blanco. La mayoría era gente mayor, aunque había un puñado de jóvenes al fondo con las que suponía que deberían ser sus novias, aunque los

números no acababan de salir. Era evidente que poca gente se animaba a coger el coche para ir a Inverness cuando el invierno estaba tan cerca y menos aún si, como aquella noche, el frío era tan intenso. Cualquiera diría que estaban a mediados de febrero, en lugar de a finales de noviembre.

Cuando Arthur se pasó el miércoles por el *Noisy Trumpet* no la había encontrado, pero aquél era el último viernes del mes, por lo que el bar se había convertido en un club de jazz, como ocurría cada quince días. Esa era la razón por la que Vivien Green se encontraba en el local, deslizando sus largos y finos dedos sobre el piano con suma elegancia. Sus tirabuzones grises, que aún conservaban alguna traza de castaño, se balanceaban de un lado a otro al ritmo de la música. Arthur McLendon no entendía nada de arte, ni siquiera le interesaba, pero sabía que había oído aquella melodía en alguna parte. Quizás en la radio, quizás en la televisión. Probablemente, se trataba del número instrumental de algún musical.

«¿*Chicago?*», se preguntó. No estaba seguro.

A Vivien nunca le había gustado ir de etiqueta, al contrario. Aborrecía a las mujeres que no sabían sacar otro tema en una conversación que su bolso de Armani o sus zapatos de Loboutine. Sin embargo, cuando tocaba todo era distinto. Se enfundaba un vestido de terciopelo negro y unos discretos pendientes plateados. Entonces, se dejaba llevar por el jazz y se olvidaba del resto del mundo.

Por lo que sabía, el contrabajista también era americano, como ella, pero el resto de miembros de su banda eran escoceses: un batería, un saxofonista que actuaba de clarinetista cuando la pieza lo pedía y un trompetista, el alma del local. Si el *Noisy Trumpet* tenía tanto éxito era, en parte, gracias a la popularidad de Blake Ryan, que siempre tenía tiempo entre gira y gira para volver a su pueblo natal para inundarlo de música. El otro motivo era que sólo había otro bar en todo Ashwood que, encima, no acostumbraba a cerrar muy tarde.

—Aquí tiene su zumito, sargento —se burló la camarera, que dejó el vaso con tan poco tacto que Arthur tuvo que cogerlo con las dos manos para que no se tumbara del impulso.

Se bebió el jugo con un par de sorbos y se miró el reloj. Era ya medianoche, pero los músicos seguían tan animados como cuando había llegado. No parecía que tuvieran intención de tomarse un descanso, pues empezaron otra canción sin siquiera dar unos segundos para que la gente pudiera aplaudir.

Arthur empezó a dar golpecitos en la mesa con los dedos, notando por primera vez los diminutos agujeros que denotaban que la carcoma había hecho su trabajo. Aún con la garganta seca, estuvo tentado a pedir un café, pero desechó la idea rápidamente, pues prefería no volver a dirigirse a la camarera si no era absolutamente necesario. De nuevo, notó varias miradas clavadas en su nuca que coincidieron con una risa que parecía provenir del fondo. Estaba seguro que alguien se estaba mofando de él. De su bigote, quizás, o a lo mejor de su pelo, aún bastante rígido por la forma de su sombrero. En aquel momento se sintió como un pez fuera del agua, como un adulto en una clase de primaria, como un payaso en una comisaría... Empezó a jugar con su sombrero para hacer tiempo. Arthur movió la muñeca para mirar qué hora era y soltó un taco cuando descubrió que tan solo habían pasado tres minutos desde la última vez.

—¿Va todo bien, jefe?

Arthur se giró. Era Leslie.

—¿Es que no dejarás nunca de llamarme jefe? Ya no estamos en Londres.

—Como quiera. Tardaba tanto que he pensado que quizás de repente le había dado por la música...

—Sí, claro. En el mejor lugar de todos. En una sala de concierto repleta de besugos...

—También podía haberle pasado algo...

—Que esté cojo no significa que sea un perfecto inútil.

—No quería decir eso...

—Perdona, Leslie. Estoy un poco cansado —Arthur resopló—. Sólo quiero acabar con esto cuanto antes e irme a casa a dormir.

Estuvieron en silencio escuchando el solo de trompeta de Blake, que no dejaba de mover los dedos a una velocidad vertiginosa.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Arthur cuando el trompetista acabó su parte y la banda siguió con el tema principal.

—No, gracias. Estoy bien.

—Pues al menos que te traigan una silla. ¡Por favor! —exclamó Arthur chasqueando los dedos para llamar la atención de una camarera que estaba limpiando la barra—. ¿Podría traer una silla para mi compañera?

—¡Que no ve que está lleno! ¿Aparte de policía también es idiota o es que no existe distinción entre esos dos términos? —contestó, alzando la voz para que la oyeran los clientes.

Arthur pensó por un momento que le lanzaría la bayeta, pero la chica se limitó a seguir fregando, ignorando su petición, aunque hubo quien le rio el chiste y brindó por él. La rabia le hizo agarrotar las manos y el rojo le subió a la cara.

—Tranquilo, Arthur —hizo Leslie, poniéndole una mano en el hombro—. No me importa estar de pie.

—Son una panda de impresentables. ¡Es vergonzoso!

El grupo acabó la pieza y aguantó el último acorde mientras la trompeta hacía virguerías antes de marcar el punto y final. Bajaron del escenario entre un alud de aplausos y gritos de júbilo por parte del público.

—Vamos —hizo él levantándose de la mesa y poniéndose, de nuevo, el sombrero.

Arthur no sabía cuanto podían durar los descansos, pero tampoco tenía intención de averiguarlo. No pensaba esperar a que echaran el cierre para abordar la cuestión con ella. Quería zanjar el asunto en aquel momento.

Vivien se había dirigido a la barra nada más bajar del escenario, pero el tramo que los separaba, aunque era corto, estaba completamente atiborrado. Arthur tuvo que apartar del medio a un gordo medio borracho que bailaba completamente enajenado, pasó con cuidado

entre dos mesas demasiado juntas, escondiendo su barriga para no tirar nada y casi perdió el equilibrio cuando esquivó una camarera que acarreaba dos bandejas llenas de vasos vacíos. Por lo que veía, Vivien Green no había abandonado las antiguas costumbres, pues vio como pedía un *Dry Martini* sin aceituna, su clásico particular. Estaba dando el primer sorbo cuando lo vio.

—¡Esto sí que es divertido! Un policía de Scotland Yard en Escocia... —lo saludó.

—Es casi tan cómico como encontrarse a una estadounidense de origen irlandés en las *highlands* escocesas, ¿no crees? —Vivien arqueó una ceja sin reírle el chiste, si es que pretendía serlo—. Supongo que no lo sabes, pero he dejado Scotland Yard. Ahora escojo mis propios casos.

—¿Lo has dejado o te han echado? —hizo ella señalándole la pierna con la cabeza.

—Lo he dejado —dijo Arthur con el semblante serio.

—Una buena noticia. Yo también tengo novedades. Hace ya algún tiempo que estoy retirada. Bueno, escribo y toco dos veces al mes, pero nada más. Se acabaron los tiroteos, los juicios y la mala vida —Vivian movía su copa de un lado para otro con movimientos bruscos. Arthur no sabía si esa desenvoltura se debía a que la bebida le estaba subiendo a la cabeza o si era su particular manera de alegrarse de haberse encontrado después de tantos años—. Brindaría por nuestra senectud si tuvieras un vaso en la manos, Arthur, pero como no es así...

Vivien se acabó lo que quedaba del *Dry Martini* —más de la mitad— y dejó la copa encima de la barra. Fue entonces cuando reparó en la acompañante de Arthur por primera vez.

—Detective Leslie Everett. Un placer, señora Green —se presentó, tendiéndole la mano.

—El placer es mío, supongo...

Se estrecharon la mano, pero Arthur notó como los ojos astutos de Vivien estaban escudriñando disimuladamente a su compañera: su

pelo con forma de seta, sus preciosos ojos verdes, y hasta el bulto que marcaba el revólver bajo su chaqueta.

—Viv, tenemos que hablar —dijo Arthur para que volviera a centrar su atención en él.

—Llámame así otra vez y te aseguro que no me volverás a ver —dijo ella con el semblante serio.

Arthur no dijo nada. Sabía que el silencio era su único aliado contra Vivien. Al menos mientras ella no lo estaba utilizando en su contra.

—Vivien...

—Si quieres hablar, hablaremos, pero después del concierto. Ya me has robado dos minutos del descanso. Y quiero tomarme otra copa, si no te importa.

Vivien dio media vuelta para dirigirse hacia el batería, que estaba tomándose una Guinness al final de la barra, pero Arthur no dejó que se alejara, cogiéndole el brazo.

—¿Es que también has dejado los modales en Scotland Yard? —dijo Vivien de mala gana, deshaciéndose de la mano de su compañero.

—Lloyd Lancaster ha muerto.

Por un momento, el detective pudo apreciar en los ojos de Vivien un centelleo de sorpresa, quizás de incredulidad o hasta de tristeza, pero ella era perra vieja y pronto recuperó su imperturbable máscara de hierro.

—No lo sabía, y lo siento por Lloyd, claro, pero tampoco sé qué tiene que ver esto conmigo.

—Pensaba que eráis amigos, Vivien. Y pensaba que nosotros también lo éramos.

—La palabra “amigo” está ya muy desgastada, Arthur. Puedes hacerlo mucho mejor. Si vienes a mí supongo que es porque crees que su muerte no ha sido natural, pero te diré una cosa. Lloyd era un hombre débil y enfermizo. Puede que no fuera muy viejo, pero incluso él sabía que su vida podía acabarse cualquier día de estos. Y te diré una cosa. La muerte no le asustaba. Para él era sólo un paso más.

—Eso está muy bien, Vivien, pero pocas muertes naturales he visto que acaben con el difunto con una espada clavada en el pecho...

Arthur notó como se anotaba un tanto y sonrió para sus adentros.

—Si ha sido así, haz tu trabajo. Investígalo. Además, por lo que veo ahora tienes ayuda. Conmigo pierdes el tiempo. Ya te he dicho que estoy retirada.

La mirada de Arthur estaba llena de pesar. Empezó a mover lentamente la cabeza de un lado para otro, con los labios prietos.

—Me decepcionas, Vivien. Y creo que a Lloyd también. ¿Has pensado con qué cara te presentarás en el velatorio, habiendo elegido el quedarte al margen de todo? ¿Crees que con echar unas flores sobre su tumba te quedarás con la consciencia tranquila? —Vivien estaba fulminándole con la mirada, pero Arthur no cedió y siguió provocándola, pensando que era la última carta que le quedaba para sumarla a su causa—. Aunque claro, quizás no tienes intención ni de presentarte a mostrar tus respetos. Es lo más fácil. Lo más cómodo. Lo más tranquilo...

—Te diré una cosa, Arthur —Vivien alzó su dedo índice. Su tono era peligrosamente amenazador—. No hables en nombre de Lloyd cuando ni siquiera lo conociste en vida. ¿De acuerdo? No sabes nada de nada.

Vivien no gritó, pero era como si lo hubiera hecho, pues Arthur acabó por bajar la mirada, intimidado.

—Creo que al menos...

—Las cosas son distintas ahora, Arthur —lo cortó ella—. Y yo también. Me debes una copa.

Vivien Green se dirigió hacia el piano. El resto de componentes ya estaban en sus puestos, comprobando la afinación de los instrumentos antes de reemprender el concierto.

—Volvamos al coche —dijo Arthur, empezando a caminar hacia la puerta de salida.

—No puede negarse que tiene personalidad... —comentó Leslie, siguiéndole.



—Los mejores días está de mal humor y me temo que éste era uno de esos días...

La luz de los focos del escenario no llegaba a todos los rincones del local y estuvieron a punto de tropezarse con el bastón que un abuelo había dejado en medio del suelo. Cuando ya estaban abandonando el bar la encargada de la barra gritó a Arthur.

—¿Y el *Dry Martini*, qué? ¿Cree que invita la casa?

Arthur McLendon serró los dientes y se encaró a la mujer, pero Leslie se avanzó para pagar la copa antes de que su compañero armara un escándalo.

El frío los apuñaló nada más hundieron el primer pie en la nieve. Por si fuera poco, empezó a llover. No era un gran diluvio, sino una llovizna muy fina que iba calando poco a poco y que los dejaría helados si se quedaban a la intemperie demasiado rato. Por suerte, el Subaru Outback de Leslie no andaba lejos. Fue subir y encender la calefacción.

Pasaron varios minutos en silencio mientras recobraban el calor, disfrutando del reconfortante silencio que los rodeaba, sólo interrumpido por el suave repiqueteo de la lluvia contra el capó del coche. Arthur suspiró. No se creía que aquel instante de paz fuera real, pues el tiempo que había pasado en el *Noisy Trumpet* no sólo le había reventado los tímpanos sino que también le había sacado de quicio. Leslie le dijo algo, o al menos eso le pareció, pues movió los labios dirigiéndose a él. Arthur alzó la vista y las cejas, indicándole que no la había oído.

—Digo que seguro que acabará accediendo a investigar el caso.

Arthur sonrió y asintió lentamente con la cabeza.

—Ya lo sé —se limitó a responder, calándose el sombrero por debajo de las orejas—. Es tarde. Vámonos.

Leslie arrancó y el coche no tardó a desvanecerse en la oscuridad.